

“Un cóndor de fuego marchando hacia los cielos infinitos”: cuatro proposiciones sobre el viaje reformista

Por *Martín* BERGEL*

1. Introducción

COMO EVIDENCIARON los programas de los múltiples congresos y eventos organizados para conmemorar el centenario del estallido del movimiento reformista universitario de 1918, hay dos modos principales de asomarse a la historia del proceso que tuvo en los hechos ocurridos entonces en la ciudad de Córdoba su acontecimiento disparador. Por un lado, la Reforma puede ser acometida desde sus profundas implicancias en la trayectoria de la Universidad como institución. En este tipo de aproximación, el acento está colocado en el carácter democratizador de los cambios propiciados por el reformismo en las estructuras universitarias de gobierno, y en el nuevo protagonismo estudiantil vinculado con ese fenómeno. Esta perspectiva —que permite interrogar las derivas de la educación superior en un plano de larga duración que eventualmente llega a la actualidad— suele comunicarse con un señalamiento de orden sociológico, que asocia esas transformaciones al acceso masivo a la Universidad de estratos sociales que desbordaron y apabullaron a las élites que la habitaban a comienzos del siglo xx.

Pero por otro lado, la Reforma es abordada en su carácter de movimiento intelectual y político. “El puro universitario es una cosa monstruosa”, escribió Deodoro Roca en 1936, en una sentencia epigramática recuperada por Juan Carlos Portantiero.¹ Y es que desde su inicio el reformismo universitario puso de manifiesto su vocación por trascender ampliamente el espacio de los claustros. La Reforma experimentó así un doble proceso de deslocalización en relación con su sede de origen: si buscó afanosamente enlazarse

* Investigador del Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes; y de la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, Argentina; e-mail: <bergelmartin@gmail.com>.

¹ Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina: el proceso de la Reforma Universitaria (1918-1936)*, México, Siglo xxi, 1978 (Col. *América nuestra*, núm. 17), pp. 76-77.

a estratos sociales no universitarios, particularmente del mundo obrero, procuró al mismo tiempo proyectarse geográficamente y constituirse como un dispositivo de interpelación de las juventudes a escala continental e incluso global. En ese camino, se entrecruzó con filosofías de diverso signo, y fecundó diferentes iniciativas políticas en numerosas latitudes.

El presente artículo se inscribe en esta segunda senda de indagación. Vinculada a la historia intelectual de reciente factura, esta vertiente se ha visto enriquecida en las últimas décadas por un amplio abanico de trabajos que ha colocado a la historiografía del movimiento reformista universitario latinoamericano en un nuevo umbral.² No obstante, diversos aspectos de su itinerario no han sido suficientemente considerados. Entre otros, aquéllos referidos a los mecanismos que posibilitaron la notable expansión transnacional de la Reforma. Ubicado en este último terreno de investigación, este ensayo se interna en el análisis de una de las prácticas que favoreció la exitosa propagación continental del movimiento: la del viaje.

Las travesías y desplazamientos de las figuras embanderadas en el reformismo han recibido también creciente atención. Ejercicio de síntesis surgido como colofón de la labor de organización de un

² La producción ha sido copiosa, por lo que me limito a señalar algunos trabajos significativos: Claude Fell, *José Vasconcelos: los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, México, UNAM, 1989; Pablo Yankelevich, *Miradas australes: propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930*, México, SRE, 1997; Patricia Funes, “Más allá de las aulas: la Reforma Universitaria en América Latina”, *Pensamiento Universitario* (UBA), vol. v, núm. 6 (1997), pp. 64-68; Liliana Cattáneo y Fernando Rodríguez, “Ariel exasperado: avatares de la Reforma Universitaria en la década del veinte”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual* (Argentina, UNQ), núm. 4 (2000), pp. 47-57; Karina Vásquez, “Intelectuales y política: la nueva generación en los primeros años de la Reforma Universitaria”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual* (Argentina, UNQ), núm. 4 (2000), pp. 59-75; Jussi Pakkasvirta, “¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y el Perú (1919-1930)”, San José, Universidad de Costa Rica, 2005; Alexandra Pita, *La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación: redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México/Universidad de Colima, 2009; Ricardo Melgar Bao, “Redes y espacio público transfronterizo: Haya de la Torre en México (1923-1924)”, en Marta Casauás Arzú y Manuel Pérez Ledesma, eds., *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina, 1890-1940*, Madrid, UAM, 2005, pp. 65-103; Fabio Moraga, “*Muchachos casi silvestres*”: la Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 2007; Natalia Bustelo y Lucas Domínguez Rubio, “Radicalizar la Reforma Universitaria: la fracción revolucionaria del movimiento estudiantil argentino, 1918-1922”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), vol. 44, núm. 2 (2017), pp. 31-62.

libro que reúne trabajos consagrados a la temática,³ estas páginas se proponen estilizar y discutir cuatro facetas del *viaje reformista*: a) su función catalizadora de procesos de movilización estudiantil en ambientes distantes; b) la secuencia de desplazamientos y actuaciones en conferencias y actos públicos de los dirigentes del movimiento, y las dimensiones rituales y performáticas que se ponían en escena en esas ocasiones; c) el lugar del americanismo como ingrediente imaginario que obraba dando impulso a este tipo de travesías, y sus solapamientos y posteriores deslindes con el horizonte internacionalista y universalista más vasto que tenía importante presencia en el periodo; y d) el carácter polémico y agonal del viaje reformista en relación con otras tentativas de fraternidad americana del periodo, en especial las impulsadas por diplomáticos y políticos.

Esas cuatro proposiciones recortan analíticamente una zona de prácticas e imaginarios comprendidos bajo la noción de “viaje reformista”, pero es evidente que varias de las formulaciones aquí presentadas describen rasgos presentes en el campo más vasto de viajeros intelectuales de las primeras décadas del siglo xx. Ejemplarmente, en la gira de propaganda americanista y antiimperialista realizada por Manuel Ugarte entre 1911 y 1913, que en más de un sentido anticipa los viajes de los reformistas tomados en consideración como base de análisis (todos ellos realizados en el periodo 1918-1930) a la hora de esbozar las proposiciones que siguen a continuación.

2. *Viaje y expansión del proceso reformista*

EL sexto y último de los volúmenes que Gabriel Del Mazo consagró en 1927 a la Reforma Universitaria —en su doble calidad de protagonista y de primer historiador y compilador de sus fuentes y escritos— está dedicado a reunir, como anuncia el subtítulo, “documentos relativos a la propagación del movimiento en América Latina”. El libro dispone un amplio rango de textos que ofrece registros y pistas acerca de algunas de las modalidades que obraron en lo que Del Mazo llama, en la nota prologal, la “extra-

³ Martín Bergel, coord., *Los viajes latinoamericanos de la Reforma Universitaria*, Rosario, Hya, 2018, 260 págs.

ordinaria fuerza de propagación” del proceso iniciado en Córdoba.⁴ Se agrupaban allí, en efecto, crónicas relativas al desarrollo de la Reforma en países como Chile, Perú, Cuba, Panamá y Colombia, convenios entre federaciones estudiantiles que propiciaban el intercambio de dirigentes, resoluciones de congresos, cartas y mensajes, telegramas etc. Y sin embargo, aun cuando en las revisitas a la Reforma es ineludible la referencia a su notable capacidad de contagio, los mecanismos y prácticas concretas a partir de los cuales se materializó tal expansión han permanecido inexplorados —o apenas aludidos— hasta tiempo reciente. Por caso, la indicación de Del Mazo, en una nota al pie, que informaba en el mencionado volumen que el Manifiesto Liminar, concebido en el momento del estallido de junio de 1918, fue “repartido profusamente en toda América”,⁵ hasta el momento no ha dado lugar a investigaciones que reconstruyan los modos de circulación e inscripción del célebre texto en distintas latitudes.

En tal sentido, el viaje de los dirigentes reformistas fue una de las vías más eficaces de expansión del movimiento. Así como la travesía que Ugarte lleva a cabo entre 1911 y 1913 por ciudades de numerosos países del continente —travesía que, al decir de Colombi, “inaugura *la gira proselitista* continental que imprime un nuevo sentido al viaje finisecular”—,⁶ despierta una gran expectación en la opinión pública y causa hondo impacto en los lugares que visita contribuyendo significativamente a diseminar la sensibilidad antiimperialista y americanista que el viajero portaba consigo,⁷ otro tanto ocurre con algunos sonados desplazamientos de figuras embanderadas en el reformismo universitario. Viajes como los de Alfredo Palacios a distintos puntos del continente, el de José Vasconcelos a Brasil y los países del Cono Sur en 1922,

⁴ Gabriel del Mazo, comp., *La Reforma Universitaria*, VI. *Documentos relativos a la propagación del movimiento en América Latina (1918-1927)*, Buenos Aires, Ferrari Hermanos, 1927, p. 6.

⁵ *Ibid.*, p. 9.

⁶ Beatriz Colombi, *Viaje intelectual: migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2004, p. 181. Las cursivas son del original.

⁷ Por mencionar algunos casos, su paso por La Habana trae aparejada la creación entre núcleos de jóvenes de la llamada Asociación Latinoamericana (según el diario local *El Triunfo* concebida “bajo la inspiración del escritor argentino Manuel Ugarte que va de pueblo en pueblo predicando la cohesión”); en México, en la conferencia que brinda desde el Teatro Mejicano, “millares de personas —según consignaba otro periódico— ocupaban la calle”; y en Bogotá, una multitud lo espera en la estación de tren, y lo obliga a dirigirse a ella desde las ventanas de su hotel. Toda la travesía de Ugarte está plagada de eventos de este tipo. Véase Norberto Galasso, *Manuel Ugarte*, I. *Del vasallaje a la liberación nacional*, Buenos Aires, Eudeba, 1973, pp. 251-295, pp. 254-258.

y los de Víctor Raúl Haya de la Torre y quienes lo secundan en la experiencia de la Universidad Popular en Perú, y a continuación en la aventura que dará nacimiento desde el exilio a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), son apenas los más destacados y conocidos dentro de un patrón que se repitió con frecuencia.

Al viaje de algunas figuras le cupo entonces un rol privilegiado en la apertura de procesos identificados con el movimiento reformista en distintas latitudes. El caso emblemático en este sentido lo constituye la visita de Palacios a Lima en mayo de 1919.⁸ Numerosos testimonios coinciden en que la presencia del tribuno argentino contribuyó decisivamente a incentivar la movilización que daría cuerpo al reformismo universitario peruano. A juicio de Enrique Cornejo Köster, primer cronista del proceso de la Reforma en Perú, “las campañas oratorias de Alfredo Palacios durante su estada en Lima [...] llevaron al espíritu de la masa estudiantil el convencimiento de la necesidad de reformar la universidad”,⁹ mientras que, en la visión retrospectiva de Luis Alberto Sánchez, fue la presencia viva de Palacios la que estabilizó el sentido de los hechos ocurridos en Córdoba el año anterior a su viaje, y los colocó en un escenario de proyecciones inminentes: “al comienzo, y a través de los servicios cablegráficos [la Reforma cordobesa] pareció una mera algarada estudiantil. Fue preciso que llegara a Lima el parlamentario argentino Alfredo L. Palacios para que se justipreciara la profundidad del acontecimiento”.¹⁰ Ya el mismo día en que el legislador socialista dejaba Perú, un editorial del diario limeño *La Prensa* avizoraba los efectos de su estadía: “la partida del ilustre escritor y propagandista argentino que, por espacio de tres semanas, ha cautivado la atención pública de los moradores de esta ciudad [...] nos brinda la ocasión propicia para valorizar la fecundidad de la simiente que ha sabido derramar en todas las esferas de la sociedad”.¹¹ Unos años después Manuel Seoane, otro dirigente estudiantil y futuro integrante de la plana mayor del APRA,

⁸ Juan Suriano, “Alfredo Palacios y la difusión del reformismo universitario y el antiimperialismo en América Latina”, en Bergel, coord., *Los viajes latinoamericanos de la Reforma Universitaria* [n. 3], pp. 41-63, pp. 46-47; Juan Manuel Gamarra Romero, *La Reforma Universitaria: el movimiento estudiantil de los años veinte en el Perú*, Lima, Okura, 1987, pp. 154-155.

⁹ Enrique Cornejo Köster, “Crónica del movimiento estudiantil peruano”, en Del Mazo, comp., *La Reforma Universitaria* [n. 4], p. 90.

¹⁰ Luis Alberto Sánchez, *Haya de la Torre y el APRA* (1954), Lima, Universo, 1980, p. 44.

¹¹ *La Prensa* (Lima), 27-V-1919, citado en *ibid.*, p. 54.

juzgaba esos efectos de modo contundente: “el verbo encendido de Palacios prendió la chispa el año 19”.¹²

Otro relevante ejemplo de la función que cupo a los viajes en la propagación continental de una sensibilidad reformista tuvo por protagonista precisamente a Seoane. Desterrado de Perú en Buenos Aires desde 1924 por su dinámica función en la Federación de Estudiantes Peruanos (que llegó a presidir), las noticias de su activismo universitario se diseminan en diversas locaciones del continente y motivan que Julio Alvarado, joven estudiante boliviano de la ciudad de Sucre, le dirija una carta fraternal:

Compañero: hasta estas brumas andinas, donde la tiranía va desencadenando los rudos golpes de un salvajismo milenario, han llegado, confusos, los nombres de Víctor Raúl Haya de la Torre y de usted. Adalides de las fuerzas universitarias de su patria, se presentan ustedes ante la juventud de América con la aureola refulgente del sacrificio y el martirio [...] Desde estos cielos, esclavos bajo un señorío de déspotas y de arlequines, quiero que llegue a ustedes la palabra convencida de una juventud que también sufre, que también lucha, de una juventud que está encerrada en medio de las inmensas montañas y enclaustrada en medio de inquisitoriales sistemas de poderío.¹³

Según Seoane, la misiva de Alvarado lo impulsó a realizar el viaje que desde Buenos Aires emprende al país del altiplano en agosto de 1925 —en coincidencia con las celebraciones del Centenario de su independencia—, y a la factura posterior del libro en el que vuelca las vivencias de esa travesía, *Con el ojo izquierdo: mirando a Bolivia*.¹⁴ En el curso de esa visita Seoane entra en contacto con núcleos locales de universitarios y obreros, lleva el saludo de organizaciones estudiantiles argentinas, y dicta conferencias en la Universidad de La Paz y en un congreso sindical.¹⁵ El viaje pareció

¹² Manuel Seoane, “La nueva generación peruana”, *Claridad* (Lima), núm. 7 (noviembre de 1924), p. 9.

¹³ Carta de Julio Alvarado a Manuel Seoane, 7 de abril de 1925, reproducida en *Renovación* (Buenos Aires, Unión Latinoamericana), año 3, núm. 6 (junio de 1925).

¹⁴ “En respuesta a su estupenda carta [...] le envío estas breves líneas que traducen su efecto: mi viaje y mi libro”, escribe Seoane a Alvarado, citado por Julio Alvarado, “Sobre un vibrante libro de Seoane”, *Córdoba* (Córdoba), año 3, núm. 71 (1º de abril de 1926), p. 9.

¹⁵ Manuel Seoane, *Con el ojo izquierdo: mirando a Bolivia*, Buenos Aires, Juan Perrotti, 1926. Me adentré en esta obra, y en algunos pormenores de esos primeros años de la trayectoria pública del dirigente peruano, en Martín Bergel, “*Con el ojo izquierdo: mirando a Bolivia*, de Manuel Seoane: viaje y deriva latinoamericana en la génesis del antiimperialismo aprista”, en Carlos Marichal y Alexandra Pita, coords., *Pensar el*

así cumplir la función de enlace y contaminación de esa juventud que, en la imagen geográfico-política de Alvarado, se hallaba hasta entonces “encerrada en medio de las inmensas montañas”.¹⁶ Como ha mostrado Pablo Stefanoni, en efecto, la presencia de Seoane en Bolivia fue uno de los factores que favorecieron la emergencia de una juventud “inconformista”, alimentada por las derivas de izquierda del reformismo universitario continental.¹⁷

3. *Travesías reformistas y rituales americanistas*

EL viaje reformista se caracterizó por una impronta proselitista, una disposición vital encarnada en figuras que en sus desplazamientos procuraban anexar nuevas voluntades a las insignias comunes del proceso iniciado en Córdoba. En una carta escrita en febrero de 1922 en el marco de los preparativos de la gira de cuatro meses que lo llevaría a distintas ciudades de los países del Cono Sur, el líder del reformismo peruano Víctor Raúl Haya de la Torre dejaba traslucir que esa vocación habría de animar la travesía que se aprestaba a realizar:

Hoy, que es más necesario que nunca, tender y afirmar lazos de solidaridad entre las juventudes de América, fundiendo la aspiración múltiple en la luz de un máximo ideal común, que enarbole y agite nuevos lemas optimistas, juzgo trascendente para el más cumplido éxito de estos anhelos llevar al sur del continente los mensajes cordiales de los estudiantes del Perú.¹⁸

Pero si el viaje fue en efecto un dispositivo eficiente en la tarea de impulsar a escala transnacional la Reforma y en —como quería Haya de la Torre— fundir lo múltiple en lo común, ello no se debió apenas a que ofició de canal para la transmisión de orientaciones ideológicas aglutinantes. La cuestión de la propagación continental del reformismo universitario tradicionalmente ha sido

antiimperialismo: ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930, México, El Colegio de México/Universidad de Colima, 2012.

¹⁶ Alvarado, “Sobre un vibrante libro de Seoane” [n. 14], p. 9.

¹⁷ Pablo Stefanoni, “‘Ni dioses en el cielo ni amos en la tierra’: resonancias reformistas en la Bolivia del Centenario”, en Bergel, coord., *Los viajes latinoamericanos de la Reforma Universitaria* [n. 3], pp. 157-176; véase también Pablo Stefanoni, *Los inconformistas del Centenario: intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939)*, La Paz, Plural, 2015.

¹⁸ Carta de Haya de la Torre a Armando Coz, presidente del Centro de Estudiantes de Medicina de la Universidad de San Marcos, publicada en el diario *La Crónica* (Lima), 10-II-1922, p. 10.

enfocada desde un registro de historia de las ideas, en el que subyacía la creencia de que la presencia en distintos ambientes de un mismo conjunto de núcleos temáticos —antiimperialismo, juvenilismo, latinoamericanismo, *arielismo* etc.— bastaba para explicarlo. Sólo en tiempo reciente la expansión de la Reforma comenzó a ser considerada también desde los artefactos y prácticas que le dieron soporte material y la vehiculizaron.¹⁹ Desde tal perspectiva, interesa subrayar aquí que el viaje reformista por lo general se vio puntuado por un repertorio de actos públicos y *performances* que capturaban la atención de los asistentes y dejaban como saldo un reforzamiento de las identificaciones con el proceso dinamizado desde 1918. Formatos como la conferencia, los agasajos en establecimientos educativos, las ceremonias de transmisión de saludos entre federaciones estudiantiles, y la visita a lugares simbólicos, a menudo sazonados con números artísticos y musicales de inspiración americanista, configuraron una secuencia repetida de escenas y rituales que resultaban eficaces en la movilización de emociones, la tramitación de banderías comunes, y la construcción de liderazgos supranacionales que ofrecían testimonio vivo de la actividad en ascenso del movimiento.

La ya mencionada “campana hispanoamericana” de Manuel Ugarte de 1911-1913 había estado continuamente ritmada por episodios de esa especie. Las conferencias y alocuciones públicas que brinda configuran puestas en escena de hondo condimento emotivo. Su presentación en Lima, por caso, en el Teatro Municipal —“materialmente repleto de un público ansioso y entusiasta”, según reflejaban la crónica y las fotos del semanario *Variedades*—, fue interrumpida por “prolongadas ovaciones”. “Al concluir —continuaba la revista—, después de recibir atronadoras manifestaciones [Ugarte] fue acompañado hasta el Centro Universitario, desde cuyos balcones agradeció la manifestación”.²⁰ Las pasiones que el escritor argentino despertaba en sus actuaciones en ocasiones se habían visto incrementadas por los obstácu-

¹⁹ Dicha perspectiva se propone en Martín Bergel, “Latinoamérica desde abajo: las redes transnacionales de la Reforma Universitaria (1918-1930)”, en Pablo Gentili, Hugo Aboites y Emir Sader, eds., *La Reforma Universitaria: desafíos y perspectivas noventa años después*, Buenos Aires, Clacso, 2008, pp. 146-184; y en Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola, “América Latina como práctica: formas de sociabilidad intelectual de los jóvenes reformistas universitarios (1918-1930)”, en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina*, II. *Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010, pp. 119-145.

²⁰ “La conferencia de Manuel Ugarte”, *Variedades* (Lima), núm. 260 (1º de marzo de 1913), p. 1848.

los que halló en algunas ciudades del continente a la hora de dar a publicidad sus alegatos antiimperialistas. En México, por ejemplo, funcionarios del gobierno de Francisco I. Madero buscaron impedir que Ugarte impartiera una conferencia sobre la temática por hallarla inconveniente a la favorable postura diplomática que el país profesaba en ese momento hacia Estados Unidos, hecho que generó un conflicto político de magnitud que ensanchó considerablemente la adhesión del estudiantado y de una importante porción de la opinión pública para con el ilustre visitante.²¹ Pero los sentidos americanistas y antiimperialistas que la gira de Ugarte diseminó en su raudo paso emergieron también en otro tipo de eventos. Todavía en México, luego del notable éxito de audiencia cosechado en su discutida conferencia, encabezó en el Bosque de Chapultepec un homenaje a los Niños Héroes, los jóvenes cadetes canonizados como emblema de la resistencia en la guerra de 1847 frente a Estados Unidos; mientras que en Caracas, protagonizó un acto en el que depositó flores en la tumba de Simón Bolívar.²² Acompañadas por numerosos acólitos y reproducidas en los órganos de prensa, esas teatralizaciones contribuyeron a amplificar la tónica que guió el periplo del escritor argentino.

Luego de 1918, los viajes de los reformistas fueron pródigos en escenas y rituales de ese tinte. El platense Héctor Ripa Alberdi, que presidió la delegación argentina al afamado Congreso Internacional de Estudiantes llevado a cabo en México en 1921, sería recordado por el discurso de apertura del cónclave no tanto por los contenidos de su mensaje como por las emociones que en esa ocasión movilizó. “Sus palabras liminares —remembraba el peruano Raúl Porras Barrenechea con motivo de su prematura muerte—, en la sesión inaugural del Congreso, en el sonoro Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, fueron las más bellas y armoniosas que se vertieron entonces. Impregnadas de poesía y de idealismo y dotadas de una notable virtud musical, fueron un himno a la renovación espiritual de los jóvenes”.²³ En un registro análogo, Pedro Henríquez Ureña también evocaba a Ripa Alberdi desde un prisma que destacaba la musicalidad de sus intervenciones: “la

²¹ Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos: la Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México/UNAM, 1996, pp. 150-158.

²² Galasso, *Manuel Ugarte* [n. 7], pp. 259-278.

²³ Raúl Porras Barrenechea, “Héctor Ripa Alberdi”, *Variedades* (Lima), núm. 819 (1923), p. 3369. En su evocación, Porras recordaba en clave similar la posterior visita del joven argentino a Lima, “donde arraigó vivos afectos y donde se recuerda todavía su oración fraternal en la Universidad Popular”, *ibid.*

turba de los estudiantes arrancó de su retiro al poeta y le hizo cantar la canción estrepitosa de la multitud juvenil. Y nunca compuso mejor canción. En el meditabundo poeta del reposo musical se escondía el maestro de los nobles coros populares [...] A traernos la voz de aquella rebelde y esforzada juventud vino a México”.²⁴

El periplo conosureño que emprende en 1922 Haya de la Torre, esa otra figura sobresaliente del elenco reformista, se presta también a la observación de un conjunto de momentos generadores de excedentes simbólicos que intensificaron la propagación del movimiento continental de la Reforma.²⁵ El viaje del dirigente peruano tuvo como primer destino Uruguay, adonde había sido invitado a un campamento estudiantil. Apenas arribado a Montevideo, Haya de la Torre se une a una movilización universitaria, y es convidado a arengar a los presentes desde los balcones del Centro Ariel, por su presidente, el reformista uruguayo Carlos Quijano. Pocos días después encabeza junto a él un acto ante la tumba de José Enrique Rodó.²⁶ La presencia del joven peruano gana así progresivamente lugar en la prensa, que otorga espacio a otra de las *performances* que fomenta en el ambiente una sensibilidad americanista y reformista: la entrega por parte de Haya de la Torre de un mensaje de salutación de los estudiantes de medicina de Perú a sus pares uruguayos.²⁷ El intercambio de ofrendas y saludos constituía un ritual establecido entre federaciones y grupos estudiantiles con el fin de forjar lazos de camaradería, pero lo que en la ceremonia montevideana otorga fuerza mayor al hecho es la lectura pública del mensaje de fraternidad que hace Haya de la Torre, y su carismática presencia da mayor espesor al evento. Ya en Argentina, el joven peruano prosigue su marcha presurosa. Dicta una conferencia que causa sensación en el Colegio Nacional Buenos Aires, multiplica los contactos con figuras del reformismo local, y llega a entrevistarse con el presidente Hipólito Yrigoyen. En Rosario es agasajado en un acto que se inicia con la entonación del “Himno internacional de los estudiantes” y se cierra con la entrega de un

²⁴ Pedro Henríquez Ureña, “Poeta y luchador”, *Valoraciones* (La Plata), núm. 2 (enero de 1924), p. 95.

²⁵ En este párrafo se retoman algunos elementos de la reconstrucción detallada realizada en Martín Bergel, “Haya de la Torre en el Cono Sur (1922): viaje y ritual latinoamericanista en la expansión del reformismo universitario continental”, en Bergel, coord., *Los viajes latinoamericanos de la Reforma Universitaria* [n. 3], pp. 65-91.

²⁶ Sánchez, *Haya de la Torre y el APRA* [n. 10], p. 84.

²⁷ “El mensaje de los estudiantes peruanos”, *La Mañana* (Montevideo), 23-III-1922; “En la Facultad de Medicina: el hermoso acto de ayer”, *La Mañana* (Montevideo), 24-III-1922.

pergamino que la juventud universitaria de esa ciudad obsequia a su similar peruana. En Córdoba Haya de la Torre ofrece una disertación que según la prensa recoge “repetidas ovaciones”, y en la que dirigiéndose al público afirma que “vuestra universidad en 1918 dejó de ser argentina para ser americana”.²⁸

Pero la saga de actos y presentaciones públicas del joven nacido en la ciudad de Trujillo tendrá en Chile, última estación de su travesía, su fase más intensa y a la vez significativa. El traje americanista que Haya de la Torre portaba consigo se topaba con un escenario más complejo, toda vez que la opinión pública del país al que arribaba se hallaba aún conmovida por un clima de enconos mutuos con Perú, vinculados a los conflictos limítrofes irresueltos heredados de la Guerra del Pacífico. Haya de la Torre pareció entonces acelerar su paso. En Santiago sucesivamente visita y da un discurso en el Liceo Federico Hansen, hace de enlace entre federaciones universitarias y entrega mensajes de fraternidad de estudiantes uruguayos y argentinos, es agasajado con un baile en su honor, se entrevista con periodistas, escritores y políticos, participa en la inauguración de un Ateneo Obrero, y habla en la Universidad Popular Victorino Lastarria.²⁹ Asiste luego a la Escuela de Medicina y a la de Arquitectura e Ingeniería, y preside un homenaje ante la tumba del poeta Domingo Gómez Rojas, célebre mártir en los episodios de represión sufridos por el estudiantado chileno en el turbulento año 1920.³⁰ En Valparaíso, destino final de su gira, se replican los actos, celebraciones y alocuciones públicas.³¹ En suma, en su vertiginoso andar Haya de la Torre pudo ser percibido como síntesis y emblema (“heraldo de la futura comunión”, lo llamaba una nota). Su presencia física comunicaba un componente vital y contagioso que revelaba “la grata sorpresa de una concordancia absoluta entre el sentir de la juventud estudiosa americana”.³² Una cuestión de sentimiento, que según refería un periodista del diario

²⁸ “En la universidad: el entusiasta acto de anoche”, *La Voz del Interior* (Córdoba), 14-iv-1922.

²⁹ Allí “una enorme concurrencia [...] hizo objeto al visitante de ruidosas manifestaciones de aplausos, obligándolo a hacer el uso de la palabra”, “Las visitas de ayer del estudiante peruano Haya de la Torre”, *El Mercurio* (Santiago de Chile), 26-iv-1922.

³⁰ Raymond Craib, *Santiago subversivo 1920: anarquistas, universitarios y la muerte de José Domingo Gómez Rojas*, Santiago de Chile, LOM, 2017; Fabio Moraga y Carlos Vega Delgado, *José Domingo Gómez Rojas: vida y obra*, Punta Arenas, Atelí, 1997.

³¹ Sánchez, *Haya de la Torre y el APRA* [n. 10], pp. 94-95.

³² “Un huésped peruano: el camarada Víctor Raúl Haya de la Torre, nos visita”, *Claridad* (Santiago de Chile), núm. 53 (27 de mayo de 1922), p. 2.

El Mercurio de Valparaíso había “operado el prodigio’ de hacer lanzar vítores al Perú en Chile”.³³

Los rituales y teatralizaciones de los viajeros del reformismo universitario tendrían posteriormente un puntal en Haya de la Torre y los jóvenes que habrían de secundarlo en la creación del APRA, impulsados a adoptar un estilo nómada y proselitista tras ser desterrados de Perú por el presidente Augusto B. Leguía.³⁴ En ese trajín, se especializarían en involucrar emocionalmente a sus auditorios y en propagar así las insignias de la Reforma (y luego del aprismo). Las palabras con las que el joven reformista cubano Julio Antonio Mella homenajea a fines de 1923 el breve y fulgurante paso de Haya de la Torre por La Habana, al comienzo de su exilio, son al respecto elocuentes:

Pasó entre nosotros, rápido y luminoso, como un cóndor de fuego marchando hacia los cielos infinitos [...] Cuando se le sentía, más que cuando se le veía en la tribuna se tenía la sensación de algo misterioso vagando por el ambiente, subyugaba y dominaba en tal forma el auditorio, que este semejava mansos cachorros de león cumpliendo órdenes del domador, hacía reír, llorar, pensar, temer, toda la gama del sentimiento la recorría con magistral exquisitez. Es el arquetipo de la juventud latinoamericana, es un sueño de Rodó hecho realidad, es Ariel.³⁵

4. *De un americanismo a otro: viaje y producción de diferencia americana*

ESA dimensión performática de la travesía reformista, en la que se yuxtaponían y reforzaban discursos, sonidos y la propia corporalidad del viajero (que tanto era soporte de la carga actoral de las escenas que protagonizaba, como representaba en su propia juventud física la noción de que el de la Reforma era un movimiento joven y renovador), tenía en el americanismo una de sus más poderosas y recurrentes fuerzas gravitatorias. Esa impronta ya se había manifestado en las ediciones del Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, realizadas en 1908, 1910 y 1912 —en Montevideo, Buenos Aires y Lima, respectivamente—, anticipatorios en varios

³³ Citado en “Crónica del viaje de Haya de la Torre por Uruguay, Argentina y Chile”, en Del Mazo, comp., *La Reforma Universitaria* [n. 4], p. 153.

³⁴ Martín Bergel, “Nomadismo proselitista y revolución: notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923-1931)”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Tel Aviv), vol. 20, núm. 1 (2009), pp. 41-66.

³⁵ Julio Antonio Mella, “Victor Raúl Haya de la Torre”, *Juventud* (La Habana), núm. 2-3 (noviembre-diciembre de 1923), p. 11.

sentidos del proceso desatado en 1918;³⁶ y en los hechos de Córdoba de ese año, se verificaba en la célebre sentencia que cerraba su documento principal, el Manifiesto Liminar: “estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana”.³⁷ De allí en más, el americanismo sería un ingrediente inherente al propio despliegue continental de la Reforma, del que sería tanto causa como efecto.

Pero si esa disposición americana salta a la vista apenas se menciona al movimiento reformista, su progresión histórica y sus pliegues internos han sido en cambio insuficientemente sopesados por la historiografía. En una de las varias reconstrucciones del proceso que lo tuvo por protagonista, Gabriel del Mazo no dudaba en afirmar que “el movimiento fue terminantemente y desde el primer día americanista”.³⁸ Según como se lo considere, ese aserto es y no es verdadero. Lo es puesto que efectivamente desde esa primera invocación a una “hora americana” del Manifiesto Liminar, el reformismo manifestó una voluntad de deslocalización y contagio transnacional que, como hemos visto, tuvo en la práctica del viaje uno de sus canales de realización. Pero la aseveración es menos cierta si por americanismo entendemos un concepto unificado y carente de desplazamientos y tensiones. La noción subyacente en la narrativa de Del Mazo —y que el sentido común historiográfico por lo general ha reproducido— parte de una perspectiva americana que en su derrotero ha sido esencialmente igual a sí misma. Y que tiene como rasgo nodal el haberse afirmado como un *americanismo de la diferencia*, un constructo emplazado a partir del deslinde de la cultura europea, norteamericana y global hacia la naturalización de lo latinoamericano como singularidad irreductible. Pero lo cierto es que, cuidadosamente examinado, en sus primeros tiempos el americanismo de los reformistas no se deja encuadrar en un criterio de esa índole. Frente a la concepción particularista que acabaría imponiéndose, la voluntad americana de los inicios de la Reforma en muchas de sus modulaciones se ubicaba al interior de un horizonte más amplio de incitaciones transnacionales y globales.

³⁶ Mark Van Aken, “University Reform before Cordoba”, *Hispanic American Historical Review* (Duke University Press), vol. 51, núm. 3 (agosto de 1971), pp. 447-462; Susana García, “Embajadores intelectuales: el apoyo del Estado a los congresos de estudiantes americanos a principios del siglo xx”, *Estudios Sociales* (Santa Fe), núm. 19 (2000), pp. 65-84.

³⁷ Del Mazo, comp., *La Reforma Universitaria* [n. 4], p. 387.

³⁸ Gabriel del Mazo, *El Movimiento de la Reforma Universitaria en América Latina: síntesis explicativa*, Lima, UNFV, 1967, p. 11.

El movimiento que se había anunciado en Córdoba no aspiraba a detener su marcha en los confines del continente, sino que ubicaba a América Latina como parte —parte sustancial, pero no exclusiva— de un imaginario de renovación universal. En esa dirección, algunos de los viajes de los reformistas participaron de una arena de conexiones que rebasaba la geografía cultural americana.

En rigor, el momento histórico coincidente con el final de la guerra predisponía dos actitudes contrapuestas en cuanto a los alcances del americanismo de los reformistas. De un lado, la gran conflagración fue leída habitualmente como una hecatombe que ofrecía crudo testimonio de la bancarrota de la cultura europea, e invitaba a desembarazarse de su autoridad cultural y a afirmar en ese acto la personalidad del continente.³⁹ Pero de otro, la contienda mundial, y sobre todo la Revolución Rusa de octubre de 1917, impulsaron un horizonte de pensamiento y de acción que sobrepasaba las fronteras del continente y se proyectaba en escala global. En 1918, entre algunos destacados reformistas parece haber primado la primera postura que daba por sentada la bancarrota de la cultura europea. Así, en el discurso de clausura del Primer Congreso Nacional de estudiantes argentinos, Deodoro Roca —autor del Manifiesto Liminar— exhibía ese ademán de repliegue sobre la realidad del continente al señalar que “las nuevas generaciones empiezan a vivir en América, a preocuparse por nuestros problemas”.⁴⁰ Más enfático aún en esa tesitura era Saúl Taborda, quien en su ensayo *Reflexiones sobre el ideal político de América*, también de 1918, luego de constatar que “Europa ha fracasado. Ya no ha de guiar al mundo” concluía que “no es vano empeño o soberbio desplante de mal entendido americanismo la idea de que América debe desligarse de una vez de la tutela varias veces centenaria de Europa”.⁴¹

Pero, conforme el impacto de la aventura bolchevique se hizo sentir entre los universitarios, esa vocación americana pasó a ubicarse en continuidad a una ambición más amplia de internacionalización, que la incluía a la vez que la trascendía.⁴² Nume-

³⁹ Olivier Compagnon, *América Latina y la Gran Guerra: el adiós a Europa*, Buenos Aires, Crítica, 2014.

⁴⁰ Deodoro Roca, “La nueva generación americana” (1918), en Deodoro Roca, *Obra reunida*, I. *Cuestiones universitarias*, Córdoba, UNC, 2008, p. 30.

⁴¹ Saúl Taborda, *Reflexiones sobre el ideal político de América* (1918), Buenos Aires, GEU, 2007, p. 121.

⁴² En una serie de trabajos recientes Natalia Bustelo ha destacado la calurosa recepción de la Revolución Rusa en un conjunto de revistas y espacios del reformismo universitario argentino. Si su perspectiva tiene el mérito de echar luz sobre esas instancias poco o nada consideradas por la historiografía del movimiento, su abordaje meramente

rosos elementos dan cuenta de ese momento de confluencia entre americanismo y universalismo. Roca, que en 1918 anunciaba el advenimiento de la “nueva generación americana”, dos años después encabezaba uno de sus más conocidos ensayos con una cita de Trotsky.⁴³ Junto con las continuas notas que daban cuenta de la evolución de los movimientos reformistas del continente, el *Boletín de la Federación Universitaria Argentina* podía incluir también documentos provenientes de otros países, como una carta de los estudiantes alemanes en la que se daban detalles de los modos en que se veían afectados por la aguda crisis económica de posguerra.⁴⁴ Y algunas iniciativas de corte claramente universalista, como la del grupo Clarté (Claridad) que desde su sede en París impulsaba una “Internacional del Pensamiento”, hallaron calurosa acogida entre los partidarios de la Reforma. José Ingenieros, por caso, ubicado por los universitarios del continente como uno de sus maestros, fue de los que más temprana y enfáticamente celebró la empresa. Según escribía, entusiasta, “el espíritu de ‘Claridad’ penetra en la conciencia de las nuevas generaciones y las aparta de las viejas doctrinas [...] la juventud es la más firme palanca del espíritu nuevo”.⁴⁵ Esa presunción de Ingenieros escrita en 1919 se verificó poco después en los grupos reformistas de países como Chile y Perú, que bautizaron con el nombre de *Claridad* a sus respectivas revistas. Dirigido por Haya de la Torre, el órgano peruano combinaba noticias y colaboraciones de figuras del reformismo americano con secciones como “Página de los estudiantes del mundo”, al tiempo que rendía pleitesía a la figura de Henri Barbusse, mentor de *Clarté*.⁴⁶ Poco después, hechos y figuras provenientes de otras geografías transamericanas merecieron también la atención y la

textualista tiende a oponer como momentos diferenciados los mencionados dos impulsos que en los primeros años de la Reforma eran en rigor parte yuxtapuesta del mismo proceso: precisamente, el internacionalismo (fomentado por la empresa bolchevique) y el americanismo. Véase, entre otros trabajos, Natalia Bustelo, “Los estudiantes de Buenos Aires ante la ‘ola bolchevique’”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual* (Argentina, UNQ), núm. 21 (2017), pp. 247-251.

⁴³ Deodoro Roca, “La Universidad y el espíritu libre”, *Boletín de la Federación Universitaria Argentina* (Buenos Aires), núm. 2 (octubre de 1920). El epígrafe de León Trotsky, según se aclaraba, proveniente del acto de inauguración de la Tercera Internacional, rezaba: “qué dicha la de vivir en tiempos trascendentales”.

⁴⁴ “Los estudiantes menesterosos de Munich: nota de los estudiantes”, *Boletín de la Federación Universitaria Argentina* (Buenos Aires), núm. 3 (agosto de 1921), pp. 110-112.

⁴⁵ José Ingenieros, “La Internacional del Pensamiento” (1919), en *Los tiempos nuevos* (1921), Buenos Aires, Losada, 1990, p. 52.

⁴⁶ La “Página de estudiantes del mundo”, del segundo número de *Claridad*, a mediados de 1923, traía, por ejemplo, novedades sobre las organizaciones de estudiantes

simpatía de los grupos reformistas, en un movimiento de recepción que Mariátegui llamaría —en uno de los capítulos de *La escena contemporánea* (1925)— “el mensaje de Oriente”.⁴⁷ En suma, ese anudamiento de americanismo y universalismo se expresó en un amplio conjunto de registros vinculados a los reformistas. Su búsqueda se patentiza inmejorablemente en una carta de Vasconcelos a Romain Rolland publicada por *Valoraciones*:

Su aprobación de la idea, vieja entre nosotros, de reunir en un solo haz los miembros dispersos de la raza ibero-americana, la veo como una consagración de este ideal, puesto que la formula una de las almas más libres de la época, una que está por encima de los prejuicios de raza y tiempo. *No tema usted que traicionemos el verdadero internacionalismo al agruparnos para construir una gran fuerza. Queremos esa fuerza, justamente para garantizar la libertad de expresión de todos los tipos humanos dentro de géneros cada vez más altos. Queremos impedir que una raza, por alta que ella sea, imponga sus caracteres a las otras, pues creemos que la vida debe ser fecunda y múltiple, infinita y libre.*⁴⁸

Pero ese momento de fusión entre americanismo e ímpetu universal no se expresó sólo en textos y declaraciones. Una de sus muestras más cabales tuvo lugar en el ya mencionado Congreso Internacional de Estudiantes llevado a cabo en México en 1921. Habitualmente recordado como una cita americana, lo cierto es que se trató de un encuentro al que concurrieron también delegados europeos y de Estados Unidos (país que aportó la representación más numerosa), además de uno chino y otro japonés; y aunque no pudieron asistir, fueron también invitados estudiantes de universidades de ciudades

de Alemania, Austria, Checoslovaquia y Estados Unidos. La figura de Barbusse era homenajeada ya en la página editorial del primer número con una caricatura.

⁴⁷ Tal por caso el interés que la revista del reformismo platense *Valoraciones* exhibe desde su creación en 1923 por la India, por mediación de José Vasconcelos (autor unos años antes del libro *Estudios indostánicos*) y sobre todo de Romain Rolland, cuya célebre biografía de Gandhi conoce uno de los primeros anticipos en la publicación. Sobre el desarrollo de los reformistas de una mirada empática con el “Oriente”, véanse los capítulos 3, 4, y 5 de Martín Bergel, *El Oriente desplazado: los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en Argentina*, Buenos Aires, UNQ, 2015; sobre Vasconcelos y el Oriente, Hernán G.H. Taboada, “Oriente y mundo clásico en José Vasconcelos”, *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana* (Mendoza, Argentina), núm. 24 (2007), pp. 103-119.

⁴⁸ Carta de José Vasconcelos a Romain Rolland, México, 2 de febrero de 1924, publicada como “El espíritu de América: cartas entre Romain Rolland y Vasconcelos”, *Valoraciones* (La Plata), núm. 3 (abril de 1924), p. 265. Las cursivas son mías.

como Atenas, Constantinopla, El Cairo, Moscú y Yokohama.⁴⁹ Y es que el Congreso pretendió ser la piedra fundacional de una federación efectivamente internacional. En sus resoluciones finales se dejaba establecido que “la juventud universitaria proclama que luchará por el advenimiento de una nueva humanidad” y que se abogaba “por cooperar, en oposición al principio patriótico del nacionalismo, a la integración de los pueblos en una comunidad universal”.⁵⁰ Impreso en varios miles de copias, ese texto fue repartido por los asistentes en sus respectivos países y traducido al francés, al inglés y al alemán por la Secretaría de Educación Pública.⁵¹

En definitiva, a través del viaje de las delegaciones a México el Congreso adquirió una atmósfera americana a la vez que global. Y ese espíritu se prolongó en nuevas travesías. Finalizado el evento, los enviados argentinos partieron en giras de difusión de los principios de la nueva entidad internacional de estudiantes. Héctor Ripa Alberdi y Miguel Bonchil siguieron la ruta del Pacífico, para detenerse en Panamá, Lima, La Paz y Santiago de Chile. Arnaldo Orfila Reynal, Enrique Dreyzin y Pablo Vrillaud, en cambio, se embarcaron rumbo a Europa. Allí ofrecieron una sonada conferencia en París en la que —según transmitía un informe diplomático de la embajada argentina— “brindaron por el éxito de su misión y por la unión de todos los estudiantes del mundo”.⁵² Posteriormente visitaron varias ciudades italianas, además de Madrid (donde, a instancias de Alfonso Reyes, participaron de distintos eventos de confraternización) y Lisboa, para, ya de regreso, estacionarse en Río de Janeiro, donde se vincularon con estudiantes brasileños.⁵³

Ahora bien, si ese conjunto de viajes abonó entonces esa sensibilidad americana no reñida con una perspectiva mundial más amplia, conforme avanzó la década de 1920 se fue afirmando en el elenco reformista, por contraste, lo que dimos en llamar americanis-

⁴⁹ Jorge Myers, “Heraldos de la Reforma, soldados de la magna patria: Pedro Henríquez Ureña y los viajes de la Reforma Universitaria”, en Bergel, coord., *Los viajes latinoamericanos de la Reforma Universitaria* [n. 3], pp. 15-39, p. 36.

⁵⁰ “Resoluciones del Congreso Internacional de Estudiantes reunido en México” (1921), en Del Mazo, comp., *La Reforma Universitaria* [n. 4], p. 75.

⁵¹ Tal lo que se narraba en la nota “La organización del Segundo Congreso Internacional de Estudiantes”, *Boletín de la Federación Universitaria Argentina* (Buenos Aires), núm. 4 (junio de 1922).

⁵² Citado por Yankelevich, *Miradas australes* [n. 2], p. 268.

⁵³ Gustavo Sorá, “Arnaldo Orfila Reynal: conexión americana y deriva editorial del reformismo universitario”, en Bergel, coord., *Los viajes latinoamericanos de la Reforma Universitaria* [n. 3], pp. 225-245, p. 232.

mo de la diferencia. Un hito muy importante dentro de ese proceso fue el resonante “Mensaje a la juventud universitaria de América Latina” que Alfredo Palacios, entonces decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata, suscribió a fines de 1924. En ese texto, reproducido abundantemente en decenas de diarios y revistas del continente, el tribuno argentino escribía:

Nuestra América hasta hoy ha vivido de Europa, teniéndola por guía. Su cultura la ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución. Su ciencia estaba al servicio de las minorías dominantes y alimentaba la lucha del hombre contra el hombre [...] ¿Seguiremos nosotros, pueblos jóvenes, esa curva descendente? ¿Seremos tan insensatos que emprendamos, a sabiendas, un camino de disolución? ¿Nos dejaremos vencer por los apetitos y codicias materiales que han arrastrado a la destrucción a los pueblos europeos? [...] Volvamos la mirada a nosotros mismos.

Reconozcamos que no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas. Estamos ante nuevas realidades. Emancipémonos del pasado y del ejemplo europeo, utilizando sus experiencias para evitar sus errores.⁵⁴

Por su llamado a las juventudes a redoblar esfuerzos en pos de la unidad continental, el mensaje de Palacios recibió una extensa y fervorosa acogida por parte de distintos órganos estudiantiles y la opinión pública en general.⁵⁵ Hasta Romain Rolland, desde Europa, lo saludó enfáticamente.⁵⁶ Sólo unas pocas voces, entre las que se destacó por su contundencia la de Mariátegui, advirtieron el giro que suponía el americanismo del texto y manifestaron públicamente su desacuerdo.⁵⁷

⁵⁴ En un popular diario el mensaje se publicó bajo el título, “Emprendemos el camino de la nueva era de América Latina”, *Crítica* (Buenos Aires), 27-XI-1924, p. 7. En otro importante periódico porteño, era materia también de otra nota, “Iberoamericanismo: el decano de la facultad de Derecho de La Plata dirige un mensaje a la juventud latinoamericana”, *La Prensa* (Buenos Aires), 28-XI-1924.

⁵⁵ Por ejemplo, la comisión directiva del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires emitió una resolución en la que suscribía la misiva de Palacios, ampliando los argumentos en favor de la unidad continental. La Casa del Estudiante y el Congreso Nacional de Jóvenes de México, por su parte, felicitaron también al argentino por su mensaje, véanse “Resoluciones de la CD del Centro de Estudiantes a propósito del mensaje del Dr. Alfredo Palacios” y “El mensaje del Dr. Alfredo Palacios en México”, ambos en *Acción Universitaria* (Buenos Aires), núm. 6-7 (enero-febrero de 1925).

⁵⁶ “Una carta de Romain Rolland al Dr. Alfredo Palacios”, en *Acción Universitaria* (Buenos Aires), núm. 12 (julio de 1925).

⁵⁷ Escribirá entonces Mariátegui: “Ciertos conceptos de un mensaje de Alfredo Palacios a la juventud universitaria de Ibero-América han inducido, a algunos tempera-

Poco después cobraba forma la Unión Latinoamericana (ULA), entidad antiimperialista y latinoamericanista presidida por Palacios que congregó en sus filas al grueso de figuras provenientes del reformismo universitario argentino. Todavía en junio de 1925, en un texto destinado a precisar los alcances del nombre de la organización —publicado en *Renovación*, su órgano oficial—, sus dirigentes se pronunciaban a favor de “la solidaridad mundial de todos los oprimidos, pueblos, y clases sociales”.⁵⁸ Pero, bajo la batuta de Palacios, y con el concurso activo de otros importantes dirigentes reformistas —como Carlos Sánchez Viamonte, Florentino Sanguinetti o el aprista Manuel Seoane—, la ULA fue afirmando sus aspiraciones estrictamente latinoamericanas, otorgando un lugar crecientemente residual a las apelaciones universales. Otro hito que consolidó esa tendencia fue la aparición en 1926 y 1927 de la mencionada obra a cargo de Del Mazo en varios tomos sobre la historia y documentos de la Reforma Universitaria, que vino a consolidar un relato que ocupó un sitio cuasi-oficial sobre el itinerario del movimiento. El prólogo del compilador, que había sido presidente de la Federación Universitaria Argentina en uno de los momentos más álgidos del proceso reformista, se cerraba afirmando que “múltiples actividades de la juventud conducen hoy a creer que toda esta empresa de renovación es a su vez precursora de otra gran cruzada, que ya se inicia: por la unión de nuestros pueblos para la liberación económica de nuestra América; por su autonomía espiritual”.⁵⁹

mentos excesivos y tropicales, a una estimación exorbitante del valor y de la potencia del pensamiento hispano-americano. El mensaje de Palacios, entusiasta y optimista en sus aserciones y en sus frases, como convenía a su carácter de arenga o de proclama, ha engendrado una serie de exageraciones. Es indispensable, por ende, una rectificación de esos conceptos demasiado categóricos [...] Palacios parece anunciar una radical independización de nuestra América de la cultura europea [...] ¿Debemos ver en este optimismo un signo y un dato del espíritu afirmativo y de la voluntad creadora de la nueva generación hispano-americana? Yo creo reconocer, ante todo, un rasgo de la vieja e incurable exaltación verbal de nuestra América. La fe de América en su porvenir no necesita alimentarse de una artificiosa y retórica exageración de su presente [...] La civilización occidental se encuentra en crisis; pero ningún indicio existe aún de que resulte próxima a caer en definitivo colapso. Europa no está, como absurdamente se dice, agotada y parálitica. Malgrado la guerra y la post-guerra conserva su poder de creación. Nuestra América continúa importando de Europa ideas, libros, máquinas, modas. Lo que acaba, lo que declina, es el ciclo de la civilización capitalista”, José Carlos Mariátegui, “¿Existe un pensamiento hispanoamericano?”, *Mundial* (Lima), 1 de mayo de 1925.

⁵⁸ “Malentendidos”, *Renovación* (Buenos Aires), año 3, núm. 6 (junio de 1925), citado por Pita, *La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación* [n. 2], p. 114.

⁵⁹ Gabriel del Mazo, comp., *La Reforma Universitaria, 1. Juicio de hombres de la Nueva Generación acerca de sus significados y alcances (1918-1926)*, Buenos Aires,

Ese movimiento de cristalización particularista se acompañó también de un conjunto de viajes. Sólo que algunos de los más relevantes involucraron latitudes que contradecían ese repliegue identitario. Así, importantes dirigentes reformistas como Quijano o Haya de la Torre aquilataron su latinoamericanismo precisamente en sus prolongadas estancias europeas en la segunda mitad de la década del veinte, particularmente en París.⁶⁰ En apariencia paradójica, esa circunstancia no era ciertamente nueva: ya el lote de escritores modernistas había despuntado en los años del cambio de siglo una identidad supranacional americana en sus periplos norteamericanos y europeos. En esos trayectos, en los que figuras como José Martí, Rubén Darío o el propio Ugarte entretejían lazos de camaradería y prácticas de comunidad con pares de otros países del continente, propiciaron expresiones de una “escritura desterritorializada [que] fue vector de numerosas metáforas culturales (nuestra América, latinoamericanismo, hispanoamericanismo, iberoamericanismo) formuladas como narraciones de autoafirmación, emancipación o descolonización cultural”.⁶¹ Algo semejante se replicó en los años veinte en la población estudiantil europea, que arribaba a la cuestión americana no meramente desde un registro ideológico. Puesto que, como señala Michael Goebel para el caso parisino, “el latinoamericanismo se convirtió para los residentes latinoamericanos en la capital francesa en una experiencia y al mismo tiempo en una práctica cotidiana”.⁶²

Así, no fue casual que París haya sido la sede de emergencia de dos de las más importantes organizaciones latinoamericanistas

Ferrari Hermanos, 1926, pp. 9-10. Ediciones posteriores de la obra ratifican su lugar cardinal dentro de la narrativa reformista hegemónica. Luis Alberto Sánchez afirmaba, en el prólogo a la edición de 1967 editada por la Universidad de San Marcos de Lima, que el trabajo de Del Mazo “fue la Biblia de una generación”; mientras que el colombiano Germán Arciniegas, en otra nota introductoria, celebraba también “esta nueva edición del mejor de nuestros libros, del mejor de los libros de mi generación”, Gabriel del Mazo, comp., *La Reforma Universitaria*, t. *El movimiento argentino*, Lima, UNMSM, 1967, pp. v y xv; el texto de Arciniegas que se insertó había sido concebido en 1958 para otra edición de los volúmenes que finalmente no vio la luz.

⁶⁰ Sobre las proyecciones parisinas de la Reforma, véase Michael Goebel, “Una sucursal francesa de la Reforma Universitaria: jóvenes latinoamericanos y antiimperialismo en la París de entreguerras”, en Bergel, coord., *Los viajes latinoamericanos de la Reforma Universitaria* [n. 3], pp. 177-199.

⁶¹ Colombi, *Viaje intelectual* [n. 6], p. 15; véase también Margarita Merbilhaá, “El momento continentalista de Lugones: la *Revue Sud-Américaine* (1914)”, en Verónica Delgado, Alejandra Mailhe y Geraldine Rogers, *Tramas impresas: publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*, La Plata, FAHCE, 2014.

⁶² Goebel, “Una sucursal francesa de la Reforma Universitaria” [n. 60], p. 190.

encabezadas por figuras provenientes del reformismo universitario: la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA de 1925) y la primera célula oficial del APRA (de 1926). La primera nucleó jóvenes de un amplio abanico de países, como el uruguayo Carlos Quijano, el cubano Armando Maribona, el venezolano Carlos D’Ascoli y el guatemalteco Miguel Ángel Asturias.⁶³ La célula aprista parisina fue, con una treintena de miembros, la más numerosa de las conformadas por estudiantes desterrados peruanos en ciudades latinoamericanas y europeas en ese segundo quinquenio de los años veinte.⁶⁴ Pero lo que más importa señalar aquí es que al calor de esas experiencias prosiguió delimitándose un americanismo de la diferencia. Carlos Quijano fue la principal figura de la AGELA entre 1925 y 1928 (año en que retornó al Uruguay), y aunque su periodo parisino supuso para él, como explican sus biógrafos Gerardo Caetano y José Rilla, una “ventana al mundo”, el joven montevideano moduló también desde allí un discurso resueltamente antiimperialista y latinoamericanista.⁶⁵ Y en cuanto a Haya de la Torre (que no vivió en París, pero visitó frecuentemente la ciudad desde sus moradas en Oxford, Londres y Berlín entre 1925 y 1931, momento de su regreso a Perú), su derrotero ilustra también ejemplarmente el pasaje desde una instancia inicial en que americanismo y universalismo no colisionaban, a otra en el que el primero se deslinda y recorta expresamente contra el segundo. Así, si en los tempranos años veinte fue activo pregonero de iniciativas que buscaban prolongar el horizonte de una Internacional de Estudiantes que se había anunciado en el congreso de México de 1921, y todavía en 1926 en el manifiesto “¿Qué es el APRA?” en el que daba a conocer la existencia de su organización establecía en el último de sus puntos programáticos la “solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo”, desde entonces dibujará un movimiento que acabará por dotar al aprismo de un perfil americanista “puro”, casi la quintaesencia misma del ser americano.

⁶³ Sobre la AGELA, consúltese Arturo Taracena, “La Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos de París (1925-1933)”, *Anuario de Estudios Centroamericanos* (Universidad de Costa Rica), vol. 15, núm. 2 (1989); y Michael Goebel, *Anti-imperial metropolis: interwar Paris and the seeds of Third World nationalism*, Cambridge/Nueva York, Cambridge University Press, 2015, pp. 127-136.

⁶⁴ Carta de Eudocio Ravines a Luis Heysen, enero de 1927, s.f., Archivo Armando Villanueva del Campo, Lima. Sobre la célula parisina del APRA, véase Ricardo Melgar Bao, “Apristas en París, 1926-1930: arte, identidad y política”, inédito.

⁶⁵ Gerardo Caetano y José Rilla, *El joven Quijano (1900-1933): izquierda nacional y conciencia crítica*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986, pp. 171-184.

Esa curva, a la que Haya de la Torre posteriormente quiso dar estatuto doctrinario a través de la fórmula del “espacio tiempo histórico”, ya se anunciaba en su primer libro, *Por la emancipación de América Latina*, publicado en 1927. Allí, en un ensayo titulado “La realidad de América Latina no es la realidad de Europa”, el líder aprista escribía que “la experiencia nos ha enseñado ya que debemos hacer algo por nosotros mismos, sacudiéndonos un poco de la tutela de Europa [...] el revolucionario que quiere hacer en América exactamente lo que se hace en Europa es traidor del más elemental principio socialista y marxista que impone ‘no inventar’ sino ‘descubrir la realidad’”.⁶⁶

Embargado ya en el férvido peregrinaje proselitista que lo llevaría poco después a visitar Estados Unidos, México y Centroamérica, el latinoamericanismo de Haya de la Torre emergía en ese instante como un ariete empleado para disputar a los órganos del comunismo la representación del marxismo en la región. Por esa vía, la tradición del reformismo universitario abrazaba un poco más un núcleo ideológico que tendría venturosa fortuna, el vinculado a la defensa de las especificidades americanas.

5. *Contra el falso americanismo de las diplomacias*

Los viajes del reformismo universitario fueron entonces pródigos en efectos prácticos y simbólicos: propiciaron enlaces perdurables entre núcleos de jóvenes de locaciones distantes, movilizaron emociones que reforzaron los sentidos de comunidad e incentivaron narrativas ideologizadas y deslindes identitarios. En una nota a propósito de la muerte de Enrique Dreyzin, uno de los delegados argentinos al Congreso Internacional de Estudiantes de 1921 fallecido también prematuramente (destino compartido con Ripa Alberdi y Pablo Vrillaud, otros miembros de la comitiva), Pedro Henríquez Ureña discurría sobre las resonancias del viaje reformista:

Da frutos el viaje que se emprende como esfuerzo de la inteligencia activa; da fruto también el viaje que crea amistad, calor de alegría, llama íntima, el viaje que hace la propaganda cordial de la patria entre los extraños. Eso fue parte de la obra de Dreyzin —junto con el esfuerzo viril de su inteligencia, como representante de la juventud universitaria de su país— en el primero y mejor de sus viajes, el que hizo a México en 1921 como delegado argentino

⁶⁶ Víctor Raúl Haya de la Torre, “La realidad de América Latina no es la realidad de Europa”, en *id.*, *Por la emancipación de América Latina*, Buenos Aires, Gleizer, 1927, p. 198.

en el Congreso Internacional de Estudiantes. Fueron días, aquéllos, que nunca olvidaremos quienes los vivimos; días de los más luminosos que se han vivido en el mundo. Vimos en ellos el feliz acercamiento de las dos almas que son los focos de la elipse de la América nuestra, México y la Argentina. Espíritus inquietos y generosos se confundían en unas mismas ansias y visiones de verdad, de bien, de justicia. Y en las horas de esparcimiento los unían la juvenil sinceridad, la limpieza de corazón. Cada uno daba su nota en aquel concierto de voluntades claras. Dos se extinguieron ya. La nota de Héctor Ripa Alberdi, que fue bondad firme y discreta; la nota de Pablo Vrillaud, que fue cordialidad enérgica y vivaz. La de Enrique Dreyzin fue franqueza alegre. En aquellos días contagiaba a todos con su risa ligera, cándida, claro arpegio infantil. Oyéndolo reír, nos sentíamos niños corriendo al sol en jardines abiertos.⁶⁷

El señalamiento que una vez más destaca en el congreso realizado en México en 1921 una de las citas de mayor relieve del viaje reformista, permite introducir la última de las proposiciones sobre la temática de este ensayo. El cónclave mexicano tuvo esa envergadura porque contó con el decidido sostén de Vasconcelos, entonces titular de la Secretaría de Educación Pública, y, por intermedio suyo, del presidente Álvaro Obregón. Algunas delegaciones, como la argentina, también recibieron apoyo financiero de sus respectivos países.⁶⁸ Y sin embargo, en sus referidas resoluciones finales el Congreso dejó establecido que el movimiento estudiantil emergente se proponía “abolir el actual concepto de relaciones internacionales haciendo que, en lo sucesivo, éstas queden establecidas entre los pueblos y no entre los gobiernos”.⁶⁹ Ese horizonte sostuvo en efecto las prácticas y representaciones que dieron impulso al viaje reformista. Como han establecido investigaciones recientes, en las primeras décadas del siglo xx florecieron iniciativas gubernamentales de diverso orden que propendieron al acercamiento entre países de la región, en la idea tanto de dejar atrás añejos enconos como de posicionar mediante alianzas regionales al continente en el tablero geopolítico mundial.⁷⁰ En ese contexto, el reformismo universitario se desarrolló en abierta hostilidad a esas muestras

⁶⁷ Pedro Henríquez Ureña, “Enrique Dreyzin”, *Valoraciones* (La Plata), núm. 12 (mayo de 1928), pp. 321-350.

⁶⁸ Yankelevich, *Miradas australes* [n. 2], pp. 262-263.

⁶⁹ “Resoluciones del Congreso Internacional de Estudiantes reunido en México”, en Del Mazo, comp., *La Reforma Universitaria* [n. 4], p. 77.

⁷⁰ Véase por ejemplo el excelente ensayo de Pablo Ortemberg, “Geopolítica de los monumentos: los próceres en los centenarios de Argentina, Chile y Perú (1910-1924)”, *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla), vol. 72, núm. 1 (junio de 2015), pp. 321-350.

de americanismo diplomático, consideradas en general como tímidas, cuando no directamente falsas o de ocasión. Por contraste, correspondía a la nueva generación de la Reforma, y a sus aliados, la tarea de plasmar una genuina política americana. Y una de las modalidades preferenciales para materializar ese propósito era, precisamente, la del viaje.

Esa colocación resueltamente crítica del americanismo de las embajadas se observa por ejemplo en la nota editorial de un número de *Inicial. Revista de la Nueva Generación*, destacada publicación de un núcleo de jóvenes embanderados tras la Reforma en Buenos Aires. Allí se leía:

Al día siguiente de la Conferencia de Santiago, los mismos diplomáticos magníficos que desde allí deslumbraron a América con sus desplantes teatrales a favor de la paz, vuelven a sus respectivos países, para recomendarles que se armen hasta los dientes, y preparen bajo la sordina de las sesiones secretas la sorpresa del conato inminente. Esta contradicción no nos debe admirar, por cierto; pero nos obliga a tratar el problema del armamentismo con una ironía grave y triste [...] No seamos mojigatos. Abandonemos a los diplomáticos el lenguaje convencional y los discursos brillantes sobre la fraternidad latinoamericana, y sus paradójales ditirambos a la doctrina Monroe. Para la juventud existe otra realidad sobre esa realidad furtiva y vuelta al revés, que contemplan las cancillerías y los estadistas.⁷¹

En un sentido análogo, Mariátegui remataba un artículo titulado “La unidad de la América Indo-Española”, escrito en coincidencia con las conmemoraciones en Lima del centenario de la batalla de Ayacucho, señalando que “los brindis pacatos de la diplomacia no unirán a estos pueblos. Los unirán en el porvenir los votos históricos de las muchedumbres”.⁷²

En ese marco, las travesías de los reformistas se vieron propulsadas por una autorrepresentación según la cual en su despliegue se hallaban zurciendo un americanismo verdadero, que en cada episodio viajero dejaba de ser apenas un ideal para producirse como hecho práctico. Ya en su “campaña hispanoamericana” Ugarte se había colocado en esa posición. “Humilde obrero de una labor gigantesca que solo podemos llevar colectivamente —decía en su

⁷¹ “La paz armada en América del Sur”, *Inicial. Revista de la Nueva Generación* (Buenos Aires), núm. 3 (diciembre de 1923), edición facsimilar preparada por Fernando Rodríguez, *Inicial. Revista de la Nueva Generación (1923-1927)*, Buenos Aires, UNQ, 2004, p. 161.

⁷² José Carlos Mariátegui, “La unidad de la América Indo-Española”, *Variedades* (Lima, 6 de diciembre de 1924).

alocución en el Ateneo de Tegucigalpa—, yo continuaré mañana mi viaje sin pedir nada a los gobiernos y sin concederles nada, sin detenerme ante el insulto ni ante la amenaza, llevando de ciudad en ciudad la misma prédica”.⁷³ Diez años después, en su periplo por el Cono Sur Haya de la Torre enviaba al público limeño una estampa de su ingreso a Argentina en tren. Según narra, en la formación que surcaba el noroeste del país había trabado relación (“por ese azar que preside tantas gratas conexiones”) con el pintor Adolfo Montero, joven argentino interesado en las estéticas indigenistas y nativistas peruanas con quien había forjado “un nuevo lazo de vinculación espiritual”. Del episodio, Haya de la Torre extraía el siguiente corolario:

Conseguir que la relación de los pueblos de América se realice por la obra de los nuevos embajadores del pensamiento y del arte, será hacer obra de continentalismo. Los cónsules, los diplomáticos, los propagandistas rentados y los agentes de comercio llevarán siempre sellos de egoísmo y de pasado en sus misiones limitadas. Si la juventud de todos los pueblos quiere soldar comunidades, luchemos por el nexo de ese internacionalismo de las aristarquías.⁷⁴

Esa ubicación desinteresada y carente de dobleces del viaje reformista podía asociarse a imaginarios tenidos en alta estima que no eran concebibles en los desplazamientos de los elencos diplomáticos. En distintos pliegues de la obra de Mariátegui, por ejemplo, la temática del viaje aparece vinculada al tópico de la aventura, por el que el peruano manifestaba peculiar interés (al punto de haber proyectado escribir un texto titulado “Apología del aventurero” que debía incluirse en *El Alma Matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, uno de los libros en los que trabajaba cuando sobrevino su temprano deceso). Por caso, en el retrato que ofrece de Tristán Marof, miembro destacado de la generación vinculada al movimiento reformista en Bolivia, Mariátegui elogia la “estirpe romántica o donquijotesca” de quien se eyectó de “la sensual y burocrática comodidad de un puesto diplomático o consular”, para acabar asumiendo un perfil de “caballero andante de Sudamérica”.⁷⁵

⁷³ Manuel Ugarte, “La hostilidad de ciertos gobiernos: en el Ateneo de Tegucigalpa, el 13 de marzo de 1912”, en *id.*, *Mi campaña hispanoamericana* (1922), Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2014, p. 79.

⁷⁴ Víctor Raúl Haya de la Torre, “Adolfo Montero”, *Variedades* (Lima, 8 de abril de 1922).

⁷⁵ José Carlos Mariátegui, “La aventura de Tristán Marof”, *Variedades* (Lima, 3 de marzo de 1928).

En suma, el americanismo de los delegados gubernamentales era considerado —como se observa en el editorial de *Inicial* antes citado— meramente gestual. Táctico, no aventaba ni desconfianzas ni recelos. Todavía más, podía ser rápidamente desmentido por la reactivación de tensiones limítrofes irresueltas y por escaladas militares. Frente a situaciones de esa índole, se erguía con vehemencia al menos una parte del reformismo universitario.⁷⁶ Y al hacerlo, a menudo volvía a mentar la figura del joven viajero.

6. *A modo de cierre*

RECAPITULEMOS y concluyamos. En este ensayo, hemos querido reconstruir e ilustrar cuatro dimensiones constituyentes de la práctica que hemos llamado *viaje reformista*. En primer lugar, el papel efectivo que las giras de figuras envueltas en el proceso de la Reforma tuvo en su propagación; en ocasiones, el contagio y la apropiación significativa de las insignias reformistas se operó a través de la mediación de un viajero. En segundo, la faz no meramente ideológica de la diseminación de una sensibilidad reformista que se tramitó en el tipo de viaje que mereció nuestra atención; nos interesó destacar el cariz performático que asumieron las escenas que ritmaron las travesías de los reformistas, en las cuales la corporalidad y la sonoridad relativas a la praxis de los protagonistas, así como el carácter ritual de los actos que llevaban a cabo, fueron elementos centrales. En tercer lugar, los desplazamientos que se operaron al interior de la orientación americanista de las figuras involucradas en la Reforma, y los modos en que sus distintos acentos se expresaron en los viajes; quisimos aquí ofrecer una contribución a la historización del tipo de americanismo que acabó por imponer su hegemonía en las narrativas del reformismo universitario. Finalmente, el sesgo polémico que, en relación con las burocracias estatales, informó las ansias del viajero reformista por tender lazos transnacionales. El viaje se quiso así una práctica esencial en el tejido de un americanismo verdadero, que se oponía

⁷⁶ A propósito de las primeras escaramuzas de lo que años más tarde sería la Guerra del Chaco, una revista del reformismo universitario platense informaba que “con motivo de un revuelo de cancillería —de esos a que tan acostumbrados nos tiene la diplomacia oficial— la juventud de ambos países afectados, Paraguay y Bolivia, cambiaron sendos mensajes de confraternidad”, “Entre las juventudes de Asunción y La Paz”, *Sagitario* (La Plata), núm. 5 (enero-marzo de 1926), p. 278. Y a continuación se reproducían los documentos cruzados provenientes de ambas esferas estudiantiles.

en acto a las vacilaciones que, según se juzgaba, evidenciaban en la materia los elencos diplomáticos.

Este conjunto de prácticas y representaciones —que más allá de ulteriores prolongaciones— tuvo en el periodo que va de 1918 a 1930 su fase de esplendor, dio en definitiva impulso a la saga que configuró la travesía reformista.

RESUMEN

Este ensayo recorta analíticamente una zona de la praxis intelectual y cultural del reformismo universitario del periodo 1918-1930 a la que se denomina *viaje reformista*. Con el propósito de reconstruirla se abordan cuatro dimensiones: su función como dispositivo activador de procesos de movilización estudiantil en ambientes distantes; la secuencia de desplazamientos y actuaciones en conferencias y actos públicos de los dirigentes del movimiento reformista, y las dimensiones rituales y performáticas que se ponían en escena en esas ocasiones; el lugar del americanismo como ingrediente imaginario que impulsaba este tipo de travesías, así como sus solapamientos y posteriores deslindes con el horizonte internacionalista y universalista más vasto que tenía importante presencia en el periodo; y, finalmente, el carácter polémico y agonal de este tipo de viajes en relación con otras tentativas de fraternidad americana del periodo, en especial las impulsadas por diplomáticos y políticos.

Palabras clave: Reforma Universitaria, viajeros culturales, intelectuales, americanismo.

ABSTRACT

This essay analytically dissects an area of University Reformism's intellectual and cultural praxis during 1918-1930 here termed *Reformist Journey*. In order to reconstruct it, four dimensions are approached: its role as activating device of student mobilization processes in distant environments; the sequence of displacements and performances in conferences and public events of the leaders of the reformist movement, and the ritual and performative dimensions staged at those times; the function of Americanism as an imaginary ingredient promoting these journeys, and its links to the wider internationalist and universalist horizon, whose presence was significant then; and, finally, the controversial and agonal character of this sort of traveling in relation to other attempts of American fraternity of the period, especially those encouraged by diplomats and politicians.

Key words: University Reform, cultural travelers, intellectuals, Americanism.